



SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



Presencia de espíritu
Posición crítica, ó el caimán apurado.

«Hijo mío — escribía cierto honrado campesino á un hijo suyo, estudiante en medicina.—El objeto de la presente es para prevenirte que estoy muy descontento de la mala conducta que he sabido llevas en Madrid. Si los trancazos pudiesen escribirse, ya hubieras recibido de mí algunas docenas. En cuanto á tu madre, la buena mujer, te mimó siempre. Incluso hallarás una letra de cuarenta reales que te envía sin que yo lo sepa.»

Un andaluz se trabó de palabras con monsieur de Tréville, comandante de mosqueteros, resultando un desafío. El francés le desarmó, y le perdonó la vida.

—¿De qué país es zu merzé?—le preguntó el andaluz.

—Soy del Bearn.

—Entonces no es eztraño que zea zu merzé tan valiente, puesto que es zu merzé de la frontera de España.

Galgo que muchas liebres levanta, ninguna mata.

—Don Juan, ¿tiene usted doscientos reales?

—Aquí, precisamente, no.

—¿Y en su casa?

—Todos continúan sin novedad, gracias.

Una señora sostenía que la mujer era más perfecta que el hombre, porque habiendo sido creada la última, debía reunir todas las perfecciones de las demás criaturas.

—Argumenta usted mal, señora —le dijo uno de los contertulios:—lo que hay es que Dios era un grande arquitecto, y después de haber rematado el edificio, puso en él una veleta.

De caza.

Un cazador pregunta á un muchacho á quien encuentra en el bosque:

—¿Has visto pasar por aquí una liebre?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Unos tres años.

Un viudo á quien fué á cobrar sus honorarios el médico por la asistencia de última enfermedad de su mujer, después de pagarle religiosamente, le dijo:

—Quiero, además, señor doctor, aceptar esta espada como un recuerdo de mi amistad.

—¿Y yo para qué quiero esa espada? contestó el médico;—no es objeto que pueda servir.

—¿Cómo que no? Pues yo estoy seguro que con ella y vuestra ciencia podéis acabar con el mundo entero.

—Es una quimera el creer que existen mujeres feas; todas ellas son ángeles de los flovidos del cielo.

—De suerte —dijo doña Sisebuta (sema fea, chata y algo entrada en años),—yo también seré flovida del cielo.

—Distingo, señora —repuso el pregatado:—la sola diferencia que hay, es que caer cayó usted de narices.

De la mala nueva, la primera.



Z..., reporter conocidísimo, celebró el otro día una interview con el Director del Ferrocarril Metropolitano, para enterarse de las modificaciones y mejoras proyectadas.

—Por lo pronto, —le dijo el Director — vamos á suprimir el billete de ida y vuelta, pues es injusto obligar al pago adelantado de la vuelta, teniendo en cuenta que ésta siempre es muy problemática. Para compensar esta pérdida, la Compañía aumentará hasta el triple el precio del billete sencillo.

—Luego, á cada viajero que desee tomar el Metropolitano, se le registrará cuidadosamente y se le quitarán todos los objetos susceptibles de provocar un incendio; por ejemplo, fósforos, estabones para inflamar yesca, etc. El tabaco, los cigarros y cigarrillos quedarán igualmente confiscados como materias eminentemente propias para producir humo. Todo esto se venderá, y del importe se incautará la Compañía.

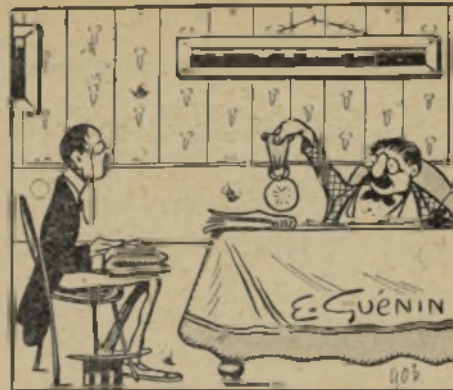
—En seguida, el viajero será ignificado; un empleado de fuertes puños, sumergirá varias veces en un recipiente lleno de un líquido especial que le volverá incombustible.



—Al salir del baño, se le hará entrar en un departamento lleno de humo acre y de gases mefíticos, con objeto de cerciorarse de si el viajero es de constitución lo suficientemente robusta para resistir la asfixia. Luego tendrá que dar en...

... dos minutos como minimum, veinte veces la vuelta á una estancia circular, á fin de probar que, en caso de accidente, es capaz de hacer, con rapidez y sin turbarse, el trayecto de una á otra estación, siguiendo la vía. Después estará obligado á...

... depositar en una taquilla especial un depósito de garantía, de ciento cincuenta pesetas, destinadas, en caso de muerte por accidente, á pagar los gastos y extorsiones causados á la Compañía. Por fin, en un registro especial...



...deberá: 1.º Testar en favor de la Compañía; 2.º Especificar sus últimas voluntades; 3.º Declarar (por más que no haya partido aún) que ha hecho un viaje excelente, que ha llegado á su destino sin tropiezo y que la organización del Metropolitano es de aquellas que excitan la envidia de Europa entera. Entonces, y sólo entonces, se le entregará, á elección suya, un billete de 1.ª y 2.ª clase, cuyo importe estará obligado á satisfacer con la sonrisa en los labios.

— En el momento de subir al coche, un empleado le hará entrega, mediante la cantidad de una peseta cincuenta céntimos, de un plan de la línea por la cual va á viajar, y un botecito de cristal con un gusano de luz dentro, á fin de que pueda reconocerse ó alumbrarse en el subterráneo en caso de accidente. No terminan aún aquí todas las formalidades: al fin de cada año, se concederá una medalla de oro, de peso 500 gramos, según modelo que el mismo empleado exhibirá al viajero, á la persona que acuda á declarar con sinceridad ante el Consejo de administración, que jamás ha sido víctima del menor accidente, del menor...

...retraso; que el personal del Metropolitano es la amabilidad y corrección personificadas; que en la red todo funciona á maravilla, etc., etc.

EL REPORTER. — Pues me parece que la medalla quedará por la Compañía; no creo que nadie se atreva á hacer semejante declaración.

EL DIRECTOR. — Desengañese usted; no faltará quien la haga.

EL REPORTER. — ¡Bah! ¡no lo creo! ¿quién podrá ser?

EL DIRECTOR. — ¡Pues yo, hombre, yo... que nunca tomo el Metropolitano.

En la estación del ferrocarril:

— ¿Saben ustedes si ha venido mi mujer? Un viajero: — Sí, ándese usted con mujeres; ha descarrilado el tren y ha habido infinidad de víctimas. — Eso no reza con mi mujer. — ¿Por qué? — Porque llevaba billete de ida y vuelta.

A Calínez le ha sucedido un lance, y lo refiere á un amigo.

— ¿Y él te arrojó un guante al rostro? — Me lo arrojó. — ¿Y tú no lo recogiste? — Verás. Me dijo el hombre que quería lavar aquel guante con mi sangre, y yo se lo devolví diciéndole que le quedaría mucho mejor lavándolo con bencina.

En una reunión de amigos tratábase del alto precio á que había llegado el calzado.

— No estoy conforme con usted—dijo uno de los allí reunidos.— Miren ustedes esta bota. ¿Está bien hecha? Sí; pues sólo cuesta dos duros—añadió el individuo.

Todos se asombraron de aquella baratura. Pero al poco tiempo, sacando el otro pie: — Y esta otra, otros dos—añadió.

Requisitoria



— ... el acusado contaba con la herencia de su tía (la víctima)... Vamos á ver, señores jurados; si hubiese reflexionado un poco, ¿tenía más que tomar paciencia? ¿Acaso la desdichada no solía tomar el Metropolitano?... Y, no obstante, ha preferido el crimen...



EL ANTROPÓFAGO. — ¡Caramba, qué oreja más dura la de este viajero! Ahora me explico por qué no oyó los gritos que le daban sus compañeros cuando le sorprendimos.

Gedeón se ha vuelto un hombre ordenado, y hasta avaricioso.

—¿Para quién haces tantas economías?— le pregunta su mujer.

—Para nuestros hijos.

—¿Y si no tenemos hijos?

—Entonces... para nuestros nietos.

El conde Luis de Narbona, una de las personas á quienes más amaba Talleyrand (si es que Talleyrand amó á alguien), se paseaba un día con éste por los Campos Eliseos de París, recitándole versos de su cosecha. Habiendo notado Talleyrand que uno de los que se paseaban por aquel mismo sitio bostezaba, dijo á su amigo:

—¡Mira, Narbona, mira; no recites tan alto!

—¡Eh, amigo!... véngase á la prevención.

—¡Yo!... ¿por qué?

—Por borracho. ¿Piensa usted que no se le conoce?

—Pero ¡hombre!... ¡Esta sí que es fuerte cosa! Todo el mundo me conoce cuando estoy bebido y ninguno cuando tengo sed.

En una de las raras ocasiones en que los oficiales platican un poco con los soldados, ocurriósele á un capitán preguntar á un quinto, recién ingresado en la compañía, cuantos hermanos eran en su familia.

—Mi capitán—contestó,—no somos más que dos, un macho y una hembra: el macho soy yo.

Sudaño pretende, quien á su prójimo ofende.

Estaba un andaluz contando los apuros en que se había visto para salir de un pozo de aguas sucias, y los peligros que en él había corrido.

—Si no acuden tan pronto en mi auxilio, decía, me ahogo sin remedio. La inmundicia me llegaba ya á los tobillos.

—Pues entonces—le replicaron,—no era grande el riesgo.

—¡Es que había caído de cabeza!

En un tribunal.

El presidente pregunta á una testigo:

—¿La edad de usted, señora?

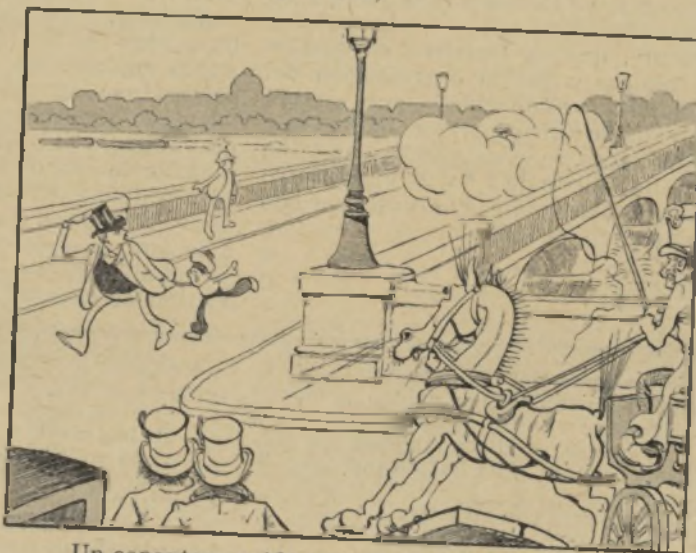
—He visto diez y nueve primaveras, señor presidente.

—Está bien. Ahora dígame usted cuántos años ha estado ciega.

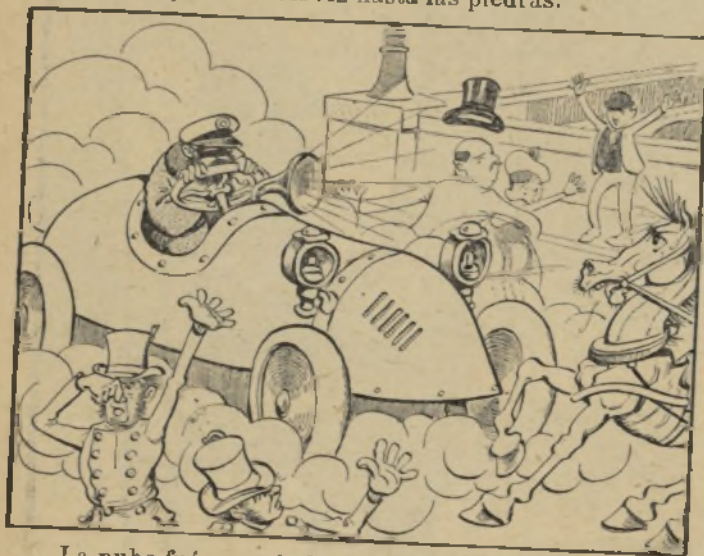
La muerte de Recuerón (Fragmento de un poema)



Estaba en el pescante del fiacre.
Affligido, le vimos silencioso
Rodar por los desiertos malecones
Descuidadas las riendas del jamelgo.
Su soberbio corcel que en otros días
Atendia á su voz con ardor noble,
Hoy con ojos tristonos se arrastraba
Bajando la cerviz hasta las piedras.



Un espantoso ruido oyóse hacia lo lejos,
Que en las ondas del aire repercutió fatídico,
Y un formidable acento, del seno de la tierra
Surgiendo, se combina con el terrible estrépito.
Ilelósenos á todos la sangre de las venas.
Las crines del jamelgo quedáronse erizadas,
Y el puente entero vimos desaparecer luego
Sumido en torbellinos de ceniciento polvo.



La nube fué acercándose, y vomitó de pronto
Un monstruo furioso, de espuma revestido;
Retiemblan los ribazos á sus mugidos fieros,
Y el cielo con horror contempla al endriago.
Conmúvese la tierra, inféctanse los aires.
Las olas que atrás deja, aplánanse asustadas,
Y huyendo de su alcance, buscan refugio todos
Porque es ante la fiera cualquier valor inútil.



Mas Recuerón, él solo, cual gigantesco héroe,
Detiénese y levanta la fusta valeroso;
Dirigese hacia el monstruo, y con segura mano
El espantable rostro le llena de rasguños.
Rabioso y dolorido, el animal horrendo
Sobre el caballo arrójase con fuertes resoplidos,
Y rueda, y deslumbrándole con inflamados ojos,
Revístele de lodo, de fuego y denso humo.



Desbócase el caballo, sordo por vez primera
Al freno y á la voz del infeliz auriga;
Tasca el freno, y el miedo le precipita loco;
Chilla el eje y se rompe, y Recuerón contempla
Volar hecho pedazos el malhadado fiacre...
Por fin, entre las riendas cae el cuitado envuelto,
Mientras rocín y coche contra un farol se estrellan
Llenando de pavor á un gordinflón guindilla.



Corro, llego anhelante, y Recuerón me tiende
La mano, abriendo triste los moribundos ojos.
«Me arranca el cielo, exclama, esta inocente vida;
Mas tú, fiacre y caballo ampara, amigo mío,
Y véngame...» Tras esto, el héroe luego expira
Dejando entre mis brazos desfigurado el cuerpo,
Objeto lamentable, harapo vil, desecho
En cuyas ruinas triunfa el hórrido neumático.

Gedeón tiene en su huerto un magnífico
melonar, que ha sufrido mucho con motivo
de las heladas.

Uno de sus amigos le dice al examinar
las cucurbitáceas:

— ¡Pero hombre, si estos melones están
muertos!

— ¡Qué quiere usted! — contesta Gedeón
suspirando. — ¡Ya se sabe que en este mun-
do todos somos mortales!

Entre un rata y el guardia de seguridad
que lo conduce á la prevención:

— No me apriete usted tanto las muñe-
cas, porque soy un buen amigo de usted.

— ¡Amigo mío?

— ¡Quién lo duda! Si no fuera por nos-
otros, no habría guardias de seguridad, y
tendrían ustedes que trabajar para vivir.

Guarda, aunque mohoso, todo lo que
puede ser provechoso.

En una portería:

— ¿Es decir que el casero de usted se ha
vuelto loco, señora?

— Sí, ayer tuvieron que llevárselo á Le-
ganés.

— Y diga usted, ¿cómo se le empezó á
conocer la locura?

— ¡Ah! Pues de un modo indudable. ¡Fi-
gúrese usted que había rebajado todos los
alquileres de la casa!



— ¿Está la Ustaquia, ño Espárrago?
— Ha salido, señá Bola.
— ¡Pues adiós, señor Fideo!
— ¡Vaya usted con Dios, ña Oca!



— ¡Habrá brutos! ¡Por poco soy yo el aplastado!



— ¡Qué casualidad! ¡Encontrarnos así... de pronto, tras veinte años de no habernos visto! ¿No le admira á usted esto?
— ¿Qué tiene de extraordinario? ¡Cansado estoy de ver dos trenes que se encuentran, y no se conocen sin embargo!

Las piezas de convicción, ó las víctimas del deber



En el desempeño de las funciones de juez, no todo son rosas.

Marido y mujer tienen una disputa en la que llegan á vías de hecho, viéndose obligados á ir á la prevención.

El delegado pregunta á un amigo que acompaña al desavenido matrimonio:

— ¿Asistió usted al origen de la cuestión?

— Sí, señor; hace dos años.

— ¿Cómo hace dos años?

— Sí, señor; fui testigo de la boda.

Entre buenas amigas:

— ¡Qué imbécil es esa Amelia! ¡Qué cosas se le ocurren!

— Pero si la infeliz no dice nunca una palabra.

— Ya lo sé; pero no piensa más que tonterías.

Hacer justicia y derecho, en todo tiempo es bien hecho.

Estaban de sobremesa discutiendo acerca del valor relativo de algunos hombres, varios amigos, que eran un militar, un cura, un poeta, un usurero y un pintor.

El criado de la fonda los escuchaba embobado.

— Propongo un brindis—dijo el militar,— para el primer hombre del mundo, para Alejandro Magno.

— Protesto—dijo el poeta;— el primer hombre del mundo fué Byron.

— ¡Profano!—exclamó el cura;— el primer hombre del mundo fué San Ignacio de Loyola.

— Proclamo—respondió el usurero,— que el primer hombre del mundo fué Malthus.

— ¡Protervo!—vociferó el pintor;— el primer hombre del mundo fué Miguel Angel.

— Pobres señoritos—dijo el criado de la fonda;— el primer hombre del mundo fué Adán.

Lógica infantil.

Pepito está leyendo un periódico y pregunta a su padre:

— Papá, ¿qué quiere decir crónica?

— Lo que pasa, hijo mío.

— Pues entonces, ¿por qué no le pasa el catarro á la abuehita, cuando el médico dice que es una enfermedad crónica?

Una muchacha llegó cierto día á una casa diciendo:

— Señá Nicolasa, me manda mi tía para que haga el favor de prestarnos ochenta reales.

La señora Nicolasa, fingiéndose sorda, se aplica la mano á la oreja y exclama:

— Levanta la voz, que no entiendo lo que me dices.

— Digo—añadió la muchacha con voz atronadora,— que dice mi tía que si hace usted el favor de prestarnos cien reales.

— ¡Bribona! ¿no pedías antes ochenta?

El mono y la cigüeña

(Historia sin palabras).



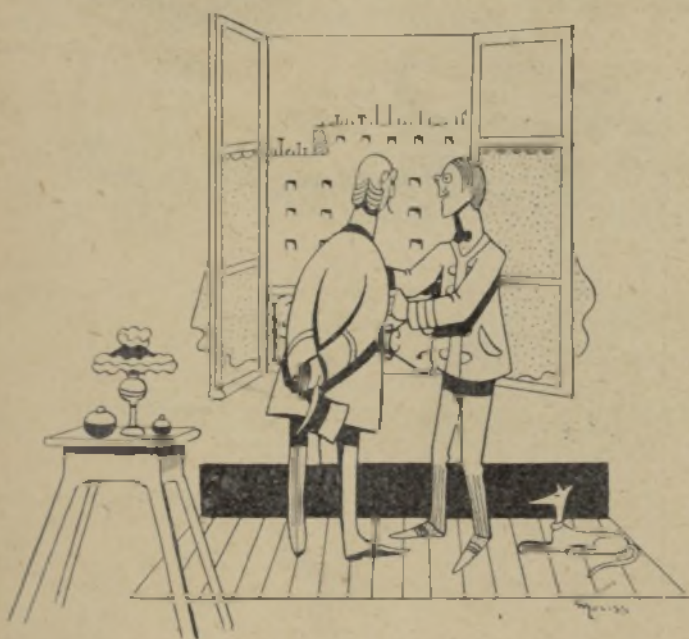
El buen tirador y el incendio



— ¡Cielos! El fuego ha invadido la escalera, todo el mundo ha salido... nadie oye mis gritos... nadie puede romper el cristal del silbato de aviso, para llamar á los bomberos...

— Afortunadamente, fui yo primer tirador en el regimiento.

— ¡Era tiempo!



— Chico, me gusta tu nuevo departamento; pero ese ruido de coches es insostenible. No vas á acostumbrarte sino pasados tres ó cuatro meses.

— Pues lo tendré muy pronto arreglado... Me iré á pasar esos tres ó cuatro meses en el campo.



— ¿Es usted el reservista fabricante de conservas en lo civil?... entonces, es usted conservador... Bueno, á mí de esto poco se me da, es cosa de usted... pero aquí hágame el favor de no tratar del asunto; en el cuartel no se habla de política.

El sportsman y el peatón



EL SPORTSMAN. — Vosotros los peatones, atacáis continuamente á los apasionados por el sport, porque no os hacéis cargo de su valor.



¿Hay nada más sublime que el heroísmo del chauffeur? En un segundo, un accidente cualquiera puede matarlo, y, no obstante, él rueda y rueda locamente, como poseído de furioso vértigo.



¿Y el jinete? ¿Quieres más sangre fría? El menor obstáculo, un soplo, nada, puede hacer desbocar á su caballo... ¿No es digno de admiración ese valor?



El simple ciclista está asimismo on peligro perpetuo. La menor falta de equilibrio, una vuelta difícil, y puede caer despanzurrado.



Y si no experimentáis sentimientos de profunda admiración hacia esos soberbios desdeñosos de la vida, es porque no sois capaces de comprender el peligro, porque vosotros, simples peatones, jamás corréis ningún...



... riesgo



Nuestros cazadores

EL CAZADOR. — Al final del sendero, á cien metros de aquí, encontrará usted un cazador furtivo.

EL PERRO. — ¡Miren qué gracia! ¿Por qué no lo atrapa ba él? Está visto que sólo yo traigo la caza á la mano.



Pena capital

— ¡Vamos, Machín, valor!

— ¡Hombre! ¿En el momento en que me disponía á escribir mis memorias, viene usted á darme esta noticia... cabalmente cuando necesito de toda mi cabeza?



El paso de las montañas rocosas, ó el problema resuelto de la vía única doble.



Supresión radical de los choques de trenes.

Una gitana se presenta á declarar ante un juez, el cual le pregunta:

- ¿Sabe usted leer y escribir?
- No, señor.
- ¿A qué se dedica usted?
- A leer en la mano.

— Pipiólez se ha metido á inventor y pretende haber descubierto la dirección de los globos.

- ¿Qué me cuenta usted!
- Pues ayer llegó á Madrid con su globo.
- ¿Qué atrevido! ¿Y sin ningún accidente?
- Sin ninguno. Ambos llegaron en el expreso.

Una señora dice á su marido:

- ¡Las dos de la madrugada! ¡Vaya unas horas de venir á casa!
- ¿Qué quieres, hija mía! No me es posible venir más tarde. A las dos en punto se cierran los cafés.

— Pero es cierto que su padre de usted es millonario?

- Sí, señor, seis veces millonario.
- ¿Y es usted su única heredera?
- Sí, señor.
- ¡Ah, ingrata! ¡Y todavía se atreve usted á dudar de mi amor!

No quieras reprender lo que en ti echan de ver.

En un colegio repartían el desayuno, y, por extraordinario, aquel día el pan acababa de salir del horno.

- ¡Pan tierno! — exclamó un colegial, dirigiéndose á otro amigo suyo; — esto sucede pocas veces: ¡voy á guardarme un buen pedazo para mañana!

Un joven agregado de embajada escribió una comedia con el título de *El zapato de baile*, que fué representada por personas de la alta sociedad en una gran fiesta dada en el palacio de la legación.

La princesa O... se encargó del primer papel, y habiéndole gustado mucho, rogó al autor la misma noche de la representación que le diese una copia de su obra á fin de representarla en su casa.

Tanto honor lisonjeó al noble diplomático, que ofreció presentar su trabajo á la princesa á la mayor brevedad.

En efecto, pasados algunos días fué con el manuscrito á casa de la princesa.

— ¿A quién debo anunciar? — preguntó un lacayo.

El agregado temió que la princesa hubiera olvidado su nombre, y contestó:

— Diga usted á la señora princesa que la traigo *El zapato de baile*.

Y el lacayo, abriendo la puerta del tocador de su ama, anunció:

— El zapatero de la señora.

Un andaluz emigrado, residente en un pueblecito de Holanda, donde se hubiera muerto mil veces de hambre sin el apoyo de un criado muy listo que hablaba el castellano y el holandés, decía á otro andaluz que acertó á pasar por aquel pueblecito.

— Palzanito, no puede usted figurarse los borricos que son en esta tierra; hace unos veinte años que estoy en ella, y todavía no entienden el castellano...

Encargado Franklin de pedir al Ministerio inglés la abolición de la insultante costumbre de enviar á las colonias americanas los malhechores de Europa, el Ministerio alegaba la necesidad de purgar de ellos á Inglaterra.

— Y ¿qué diríais — contestó Franklin, — si por igual razón os enviásemos á Inglaterra las culebras de cascabel que tenemos en América?

Un litigante anda en busca de un amigo, recorriendo la galería baja de las Salesas.

De pronto encuentra una puerta cerrada y trata de abrirla.

Al verle un ujier, le dice:

- Esa puerta está condenada.
- ¿Cómo ha de ser! — exclama nuestro hombre. — Por lo visto, aquí no se escapa nadie y se condenan hasta las puertas.

El banquero en casa del pintor y viceversa



— Querido artista, es tal la admiración que me inspira su talento, que me atrevo á pedirle que me ofrezca usted un lienzo en recuerdo suyo.



— Querido banquero, es tal la admiración que me inspira su fortuna, que me atrevo á pedirle que me ofrezca usted un billete de banco en recuerdo suyo.

Los grandes dolores, ó todo se explica



—Vamos, vamos, querido, verdad que Celestino ha muerto; pero no te aflijas así; todos somos mortales.

Haces mal en abandonarte á este transporte de pesadumbre... ¡qué caramba! esto de perder á un amigo, es cosa que se ve todos los días.

No puede negarse (que su muerte fué muy brusca... Desaparecer así... en plena salud... ¡nada, nada...! ¡es muy triste!



Hasta cierto punto comprendo tu dolor, pues nada podía hacernos prever tan rápido fin...

Tus lágrimas hablan muy alto en favor de tu amistad, de tu buen corazón; pero hay que consolarse, ¡qué diablo! no estás en el caso de llorar eternamente la muerte de Celestino.

— ¡Ah! ¡te parece así, voto á...! ¡no sabes lo que el médico acaba de decirme... que tengo el mismo temperamento del difunto...?



EL CAMPESINO. — ¿Presta usted sobre algo que sea oro?
— Sí.
— Pues bien, en este caso empeñaré mi palabra.
— ¿La palabra?
— Es claro: ¿no dicen que la palabra es oro?



— ¿Cómo andas en día lluvioso con esos zapatos tan estropeados?
— Verás: al dármelos no tuvieron en cuenta que podían venir muy anchos, y yo ¿qué hago? los saco en las humedades, á ver si se encogen.

Una mujer muy charlatana decía á su marido:

— Es un vicio muy feo ese que tienes de hablar siempre mientras duermes.
— Pues es la única ocasión que tengo de hablar sin que me interrumpas.

—*—*
Detrás de un cortejo fúnebre:

— ¿Es usted pariente del difunto?
— No, señor; amigo íntimo nada más. Pero le acompaño al cementerio con el mismo gusto que si fuera pariente mío.

—*—*
Decía cierto marqués á un gran capitalista:

— Sabed que yo soy hombre de *calidad*.
Y el capitalista le contestaba:
— Pues yo soy hombre de *cantidad*.

—*—*
Un extranjero que viajaba, entró una noche en la posada de una aldea y preguntando qué había para cenar, le dijeron que sólo había jamón, por lo que tuvo que amoldarse á las circunstancias. Sin embargo, luego que lo hubo probado, le pareció delicioso.

A los pocos días, y estando de regreso, tuvo que volver á hacer noche en la misma posada, y acto continuo, acordándose del jamón que tanto le había gustado, pidió que le sirviesen del mismo.

— ¡Cáspita! — repuso la criada con gran candidez. — ¡Buen pelo echaríamos si en tan poco espacio de tiempo se nos hubieran muerto dos caballos!

—*—*
Acosado por un mendigo, le dió anoche un caballero dos céntimos.

— ¿Y qué voy á hacer con eso? — dice el hombre con mal humor.

— Guárdelos usted y podrá dárselos á un pobre.

—*—*
En una portería:

— Estoy harto de mudarme — dice un nuevo inquilino. — Me parece que ahora me mudo para siempre. Espero morir en este cuarto.

El portero, con acento obsequioso:

— Me alegraré mucho, caballero.



EL INGLÉS (que no recuerda). — Lléveme usted á la calle... á la calle...

EL COCHERO (impacientado). — ¡Eal! ¡acaba usted y déjeme en paz!

EL INGLÉS. — ¡Oh yes! calle de la Paz.

Un viajero andaluz, aterido de frío, llegó á una venta; pero estaba tan llena de pasajeros, que no había lugar junto á la lumbre.

— Patrón — dijo el viajero en alta voz. — lleve usted un par de huevos estrellados á mi caballo.

— ¡Qué! ¿come huevos su caballo!

— ¡Haga usted lo que le mando.

Al oír estas palabras, todos los que se estaban calentando corrieron á la cuadra para presenciar la extrañeza, y entretanto nuestro viajero se calentó con toda libertad. Vuelve el patrón, y le dice:

— Su caballo no quiere absolutamente los huevos; ya me parecía á mí imposible...

— ¿De veras?

— No, señor, no.

— Pues entonces, me los comeré yo.

—*—*
De una novela en publicación:

«El ladrón dió muerte al escribano con una maza enorme y se apoderó de su cartera y de su reloj.

Pero en aquel instante se sintió poseído de un aturdimiento imprevisto.

¿Cuál de mis lectores, después de un hecho semejante, no ha experimentado una sensación análoga?»



— ¡A ver, no te muevas, chico!

¡Así... bravo! ¡qué bosquejo!

Voy á ponerte en un cuadro.

— Que no me ponga á mí siento

En persona, porque así

Siempre estaría comiendo.

—*—*
En un proceso sobre robo.

Juez. — ¿Cómo es que el acusado después de haber forzado la puerta de la tienda se llevó sólo algunos artículos de valor, dejando intacto el cajón del dinero?

Acusado. — Suplico al señor Juez que no me lo eche en cara. Bastante me ha reñido por ello mi mujer.

—*—*
Un funcionario público va á consultar á un célebre especialista.

— De modo — le dice éste, — que sigue usted sufriendo los mismos terribles insomnios?

— Sí, señor, y lo más raro es que ahora no consigo dormir ni en la oficina.

—*—*
En un comercio:

— Haga usted el favor de medirme diez y seis varas de tela de luto para un vestido. El comerciante se apresura á servir al parroquiano.

— Aguarde usted — añade éste; — ¡qué cabeza la mía! me ha encargado mi mujer que es para medio luto; así no ponga usted sino ocho varas.



— Dígame, amigo, ¿usted sabe

Para quién lleva usted esto?

— No; pero si es para usted...

¡Buena falta le está haciendo!

—*—*
— ¿Acabas de cobrar?

— Cincuenta duros.

— Préstame, pues, un duro.

— No puede ser. Me han pagado todo en pesetas.

—*—*
Un señor vestido de negro se presenta en la contaduría de un teatro y pregunta por el empresario.

— Servidor de usted. ¿En qué puedo complacerle?

— Vengo á que me dé usted dos butacas de regalo para la función de esta noche.

— Pero... ¿con qué título?

— Qué, ¿no se acuerda usted de mí?

— No. Por eso me extraña que me pida dos butacas.

— Pues yo soy Martínez... El escribano que le embargó á usted el año pasado hasta las sillas.

Pasatiempos

(Las Soluciones en el número próximo.)

CHARADA

En el mar primera tres;
Prima segunda en bodegas,
Y prima, y cuarta en plural,
En muchísimas cabezas.
Triste mi tercera cuarta,
Y cuarta dos alimenta;
Y me roba el corazón
Una todo retrechera.

ADIVINANZA

Barro fué mi ser primero
Y en el horno fuí labrada;
Guardo al libre, al prisionero;
De todos soy estimada.
El avaro y el mendigo
Me confían su tesoro,
Y algunos se honran conmigo
Cuando soy de plata ú oro.

Soluciones

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

ENIGMA. — Margarita.

ADIVINANZA. — Luna.

CHARADA. — Ascuá.

Imprenta de Henrich y C.^a en cta. — Barcelona

EL PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richarlin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y casa para el asado.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española
por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno. Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz. La Voluntad.

Antonio Zozaya. La Dictadora.

Timoteo Orbe. Guzmán el Bueno.

Dionisio Pérez. La Juncalera.

Rafael Altamira. Reposo.

Pío Baroja. El Mayorazgo de Labraz.

Emilio Bobadilla (Fray Candil). A fuego lento.

José del Casho. Nubes y Espumas.

Ernesto López (Claudio Froile). Esquí.

Arturo Campión. La Bella Esca.

Luis López Altuz. La Murmurada.

Ramiro de Maestre. La Mujer fuerte.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores

BARCELONA

LUSTRE NUBIAN

Se emplea sin Cevilla.

Aplicándolo una vez cada quince días revierte el calzado impermeable conservándole el brillo y al aspecto como si fuera nuevo. Da Venta en todas partes. — Exijase el Hombre y la Marca. Para calzado de color pídesse la "YOUNG'S CREAM" C. NUBIAN, 126, Rue Lafayette, París.

No empleéis sino las **PLACAS Y PAPELES JOUGLA**

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, prel.

LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Camarero, Cénovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrari, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueba y Valera.

Ilustración de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galofre, Martínez Cubells, Más y Fontdevila, Mestre, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NOVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA

Precio del ejemplar, 80 ptas.

Por suscripción, 5 pts. cuaderno.

Henrich y C.ª, editores. — Barcelona

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, prel. — BARCELONA